

XXXIVº COLOQUIO DESCARTES  
EL MALESTAR EN PSICOANÁLISIS

“Entre lo esencial y lo imposible”

La idea del presente trabajo es ubicar, desde el psicoanálisis, elementos que sirvan para pensar el *malestar*, entendiendo al mismo como aquello que se presenta como imposible de reducir, pero lo esencialmente necesario de rodear por la vía de la palabra.

Considerando el momento coyuntural que estamos atravesando (una pandemia, que por definición es mundial) y el tono de época que señala al malestar como algo proveniente del exterior, amenazante para los individuos y que plantea una exigencia de exitismo y felicidad permanentes, sabemos que, para el psicoanálisis, todos somos capaces de portar el mal, es decir, ese malestar que se denuncia en el exterior, es de orden estructural.

Poner en tensión la idea de lo “imposible” con la de “esencial” surgió a partir de una cita hallada en el libro *El psicoanálisis y los debates culturales* de Germán García:

“Como el psicoanalista, el crítico se dispone a luchar contra los monstruos que nos acosan en este largo sueño de la razón que es la historia del ser humano. Como el psicoanalista, a su vez, el crítico esgrime armas frágiles y se ve traicionado constantemente por su propia subjetividad. Pero como el psicoanalista, el crítico también desempeña una profesión esencial, aunque imposible.” La ironía no olvida ese imposible”. (Grafton en García, 2005, 19).

En su texto titulado *El malestar en la cultura*, Freud inicia el primer párrafo arrojando una suerte de advertencia: Cualquier intento por sancionar algún tipo de juicio general sobre la especie, siempre correrá peligro de olvidar la abigarrada complejidad tanto del mundo humano como de su vida anímica. La discrepancia entre las ideas y las acciones de los hombres son de una amplitud tan grande y sus deseos tan dispares que dichas reacciones distan con creces de la simpleza. Es decir que las personas tienen una tendencia a decir una cosa y luego hacer otra.

“Gran parte de lo que no se quisiera abandonar por su carácter placentero no pertenece, sin embargo, al yo, sino a los objetos; recíprocamente, muchos sufrimientos de los que uno pretende desembarazarse resultan ser inseparables del yo, de procedencia interna.” (Freud, 1929, 3019). Existe, entonces, una imposibilidad estructural en la tarea de despojarse de ciertos sufrimientos, lo cual no impide que se agoten los intentos de hacerlo. El texto plantea lo insostenible del vivir: La vida, tal como nos ha sido impuesta, resulta demasiado pesada, dice Freud, deparándonos excesivos sufrimientos, decepciones y empresas imposibles de alcanzar. Para soportarlo no podemos privarnos de ciertos lenitivos. Señala

tres tipos: las distracciones poderosas que empequeñecen nuestras miserias, las satisfacciones sustitutivas que las reducen y los narcóticos que nos tornan insensibles a ellas.

La felicidad, como propósito, no tiene lugar posible en el microcosmos, ni en el macrocosmos. Lo que en el sentido más estricto se denomina felicidad, surgiría de la satisfacción instantánea de necesidades acumuladas que generan una elevada tensión. De acuerdo a esto, sólo podría darse como un fenómeno episódico. De este modo, las posibilidades de "felicidad" ya estarían limitadas, en principio, por nuestra propia constitución. Al respecto, leemos en el Seminario III de Jacques Lacan: "Si por una suerte extraña atravesamos la vida encontrándonos solamente con gente desdichada, no es accidental, no es porque pudiese ser de otro modo. Uno piensa que la gente feliz debe estar en algún lado. Pues bien, si no se quitan eso de la cabeza, es que no han entendido nada del psicoanálisis." (Lacan, 1956, 120).

Pareciera ser que algo mucho menos dificultoso de experimentar es la contracara de la felicidad, a saber: la desgracia. Para Freud, existen tres fuentes de sufrimiento: el propio cuerpo, condenado a la decadencia y la aniquilación, el mundo exterior, capaz de encarnizarse con nosotros con fuerzas destructoras, omnipotentes e implacables y las relaciones con otros seres humanos. Siendo este último, quizás, el más doloroso de los mencionados, ya que lo considera como una adición gratuita e ineludible.

Encontramos que "el designio de ser felices que nos impone el principio del placer es irrealizable; mas no por ello se debe -ni se puede- abandonar los esfuerzos por acercarse de cualquier modo a su realización... la felicidad, considerada en el sentido limitado, cuya realización parece posible, es meramente un problema de la economía libidinal de cada individuo. Ninguna regla al respecto vale para todos." (Freud, 1929, 3029). Esta elección del camino será influenciada por factores de los más diversos orígenes. Incidirán, entre otras cosas, la suma de satisfacción real que cada uno espera del mundo exterior y de cuánto sea capaz de independizarse del mismo. En esta afirmación vuelve a tomar fuerza aquella tesis inicial de Freud respecto a la importancia de no realizar juicios generales, pues la teoría y la práctica del psicoanálisis siempre será caso por caso.

Retomando las causas de sufrimiento, ubicamos que el lugar de las instituciones también es fuente de malestar. Entendiendo por institución tanto a la sociedad en su conjunto, como a las diversas instituciones por las que se circula: educativas, laborales, financieras, públicas, privadas, psicoanalíticas. "Nuestra actitud frente al tercer motivo de sufrimiento, el de origen social (es diferente). Nos negamos en absoluto a aceptarlo: no atinamos a comprender por qué las instituciones que nosotros mismos hemos creado no habrían de representar más bien protección y bienestar para todos. Sin embargo, si consideramos cuán pésimo resultado hemos obtenido... en este sector de la prevención contra el

sufrimiento, comenzamos a sospechar que también aquí podría ocultarse una porción de la indomable naturaleza, tratándose esta vez de nuestra propia constitución psíquica.” (Freud, 1929, 3031).

Esto no podría ser de otra manera ya que las instituciones están conformadas por personas. En una nota al pie, en la página 3027 de la edición de Ballesteros, encontramos una referencia pertinente que sirve para ampliar la comprensión de esto que viene dilucidando Freud. Refiere que es imposible considerar de manera adecuada la importancia del trabajo en la economía libidinal ya que ninguna otra técnica de orientación vital liga al individuo tan fuertemente a la realidad como la acentuación del trabajo. Lo incorpora sólidamente a una parte de la realidad y a la comunidad humana. Brindándole la posibilidad de desplazar al trabajo y a las relaciones humanas vinculadas con el mismo, una fracción considerable de los componentes narcisistas, agresivos y aún eróticos de la libido. Confiriendo a aquellas actividades un valor que nada cede en importancia al que tienen como condiciones imprescindibles para mantener y justificar la existencia social. No obstante, el trabajo es menospreciado por el hombre y, en general, no se precipita a él como fuente de goce. La inmensa mayoría sólo trabaja bajo el imperio de la necesidad, y de esta natural aversión humana al trabajo derivan los más dificultosos problemas sociales.

Germán García se refirió alguna vez en sus clases de los jueves al trabajo, exponiendo el origen etimológico de la palabra, que deriva del latín *tripalium*, la cual era una herramienta parecida a un cepo con tres puntas o pies que se utilizaba inicialmente para sujetar caballos o bueyes y así poder herrarlos. Dicha herramienta también se usaba como instrumento de tortura para castigar esclavos o reos. De ahí que *tripaliare* significa ‘tortura’, ‘atormentar’, ‘causar dolor’. Esta acepción es solidaria con la idea de Freud del trabajo como actividad ambivalente: tiene suma importancia y, al mismo tiempo, es fuente de malestar.

Esta característica se encuentra presente en todas las instituciones. Y al estar en ellas, nos encontramos en la posición de sabernos partes constitutivas de las mismas, con todo lo que eso implica. Siendo de sustantiva importancia explicitar nuestras pertenencias institucionales, ya que es allí en donde nos referenciamos. Se sostiene a la institución en cuanto la institución a su vez, nos sostiene.

En Conferencias Porteñas leemos: “Estamos en este fin de siglo, en una coyuntura muy distinta de la del siglo anterior, donde se podía pensar que, como por un milagro, el progreso del conocimiento científico debía confluir naturalmente por el bien de la humanidad. Nosotros ahora estamos en el período del malestar en la cultura y quizás un poco más adelante, en la época de horror en la cultura.” (Miller, 1989, 254).

En la actualidad se presentaron tiempos inéditos, en los cuales se conmovieron las costumbres cotidianas. El efecto pandémico exigió una reconfiguración obligada de la totalidad de las actividades. No se sabe con certeza si estos son los tiempos del horror en la cultura, pero lo cierto es que nos encontramos frente a esta coyuntura, advertidos de la existencia de ese resto que se nos presenta como imposible, pero a sabiendas de que frente a ello, la respuesta que podemos dar desde el psicoanálisis bordea la dimensión de lo esencial, y tiene que ver con acompañar al sujeto, uno por uno, a recorrer y torcer sus circuitos de goce y en última instancia, confrontarse con su verdad. Me refiero a lo *esencial* de este modo, y no con las resonancias de la época, pues el psicoanálisis no está en el campo de los derechos humanos ni esenciales. “El psicoanálisis no puede ser un bien, tampoco el defensor del progreso. Lo que se gana por un lado se pierde por el otro y suponer que se gana es olvidar que se pierde.” (García, 1983, 26). Es una práctica, entonces, en la que se tensa lo esencial y lo imposible. Pues “ser psicoanalista es, sencillamente, abrir los ojos ante la evidencia de que nada es más disparatado que la realidad humana.” (Lacan, 1956, 120).

Nos encontramos, una vez más, para realizar el coloquio anual del Centro Descartes. En esta oportunidad virtualmente. Hace casi un siglo atrás, Freud hizo referencia a los progresos tanto científicos como técnicos, diciendo que no son del todo inútiles. En estos tiempos ponemos esos recursos a prueba diariamente.

Para finalizar, comparto unas palabras de Germán García: “Oscar Masotta logró que cada uno hiciera algo porque él hacía: analizado por algunos, analista de varios, profesor de muchos, ensayista reconocido entre los mejores de su generación, fue ese hombre extraño que amaba a un Jacques Lacan con el que temía encontrarse y que alguna vez contó divertido su extrañeza por los gestos con que éste lo despidió después de una charla cuyo tema inevitable fue la-situación-del-psicoanálisis-en-la-Argentina.” (García, 2005, 248).

Estas palabras hoy, encuentran similitudes con quien las escribió. De Germán García podemos decir que fue, también, alguien que logró que otros hagan haciendo, dejando aprender. La continuidad del Proyecto Descartes es una consecuencia de eso, sus libros, las instituciones creadas, sus innumerables cursos, conferencias, clases, seminarios, dan cuenta de lo prolífico de su obra. Este Coloquio en estos tiempos, es también, una muestra de su enseñanza, que no cesa.

Pamela Morelli.

## **Referencias bibliográficas**

Freud, S. Obras completas, Tomo III. Ed. Biblioteca Nueva

García, G. 2005. El psicoanálisis y los debates culturales. Ed. Paidós

Lacan, J. Libro 3. Las psicosis. Ed. Paidós

Miller, J. Conferencias porteñas Tomo I. Ed. Paidós